



2020

Festival de Creación Literaria para Niños y Jóvenes EAFIT

Comité organizador:

Pregrado en Literatura, Universidad EAFIT
Centro Cultural Biblioteca Luis Echavarría Villegas
Universidad de los niños EAFIT

Corrección de estilo:

Centro de Estudios en Lectura y Escritura (CELEE)
Universidad EAFIT

Septiembre de 2020

Edición n.º 3

Medellín, Colombia

Presentamos los cuentos y dibujos ganadores del Festival de Creación Literaria para Niños y Jóvenes 2020, organizado por el Centro Cultural Biblioteca Luis Echavarría Villegas, el Pregrado en Literatura y la Universidad de los niños de EAFIT. Estas creaciones son una muestra de la comprensión que los niños y jóvenes tienen del mundo, sus conflictos sociales y la relación entre el conocimiento científico y la humanidad.



Categoría 1

El viaje que lo cambió todo

Primer puesto

El anciano que patrocinó mi viaje

María Paulina Zapata Zuluaga

¿Qué tal? Mi nombre es Paula y tengo dieciséis años. Debo confesar que jamás me ha gustado el encierro, de hecho, no disfruto para nada el sentirme quieta o improductiva. Sinceramente, creo que puedo tener indicios de hiperactividad. Es justamente lo que acabo de contarles el motivo por el cual esta cuarentena ha sido muy difícil para mí: es impresionante el grado de aburrimiento al que he llegado.

Déjenme ponerlos en contexto. Hace poco murió mi abuelo, aproximadamente unos dos meses, para ser exacta. Con el fin de no dejar sola a mi abuela, mis primos y yo decidimos compartir con ella la cuarentena, así que la responsabilidad de que su viudez no fuese tan difícil recaía toda sobre nosotros. Al principio se sintió como unas vacaciones, era fantástico, pero con el tiempo se tornó aburrido jugar parques todos los días, aprender recetas de la abuela ya no era tan divertido, ya me sabía la lista de Netflix de memoria y, lo peor, estaba en un punto en el que la monotonía me absorbía por completo, no estaba motivada.

En medio de no saber qué más hacer, decidí que me pondría a limpiar y a ayudar a mi abuela, después de todo, mi abuelo había dejado muchísimas cosas y las tendríamos que regalar a alguien más, así que emprendimos la misión de dejar esos cajones limpios y conservar únicamente lo necesario. La verdad es que no fue fácil. Cada cosa traía un recuerdo diferente. Mi abuela no pudo soportarlo, así que decidió parar con esto y ya se imaginarán quien tuvo que terminar de organizar todo. Cuando ya casi acababa de doblar y poner todo en bolsas, descubrí, en el proceso, que mi abuelo coleccionaba sombreros, le encantaba guardar chocolates y esconder la envoltura después de comerlos, tenía diabetes y sabía que mi abuela lo regañaría al enterarse. También me di cuenta de que tenía una foto de cada uno de sus nietos y, detrás de ellas, escribió a puño y letra cómo era la personalidad de cada uno, pero cuando vi la mía no había nada escrito... no sabía qué pensar... tal vez no le había dado tiempo de escribir acerca de mí o, simplemente, no le nació describirme.

Seguí ordenando, pensativa. De repente, en lo más profundo del último cajón, encontré una caja que, aunque no parecía, tenía dentro algo que cambiaría mi vida por completo. En ese momento, me encontré en el dilema de si debía abrirla o no. Tenía miedo a desconcertarme con lo que encontraría, pero, como dicen por ahí, “la curiosidad mató al gato”, así que decidí abrirla! Al interior de la caja había una libreta desgastada y tres elementos extraños: una pequeña manilla de oro, una brújula y un collar con una semilla amarilla.

¡La libreta era tan peculiar! Tenía un fuerte olor a tabaco, se notaba que mi abuelo había pasado mucho tiempo cerca de ella. En su pasta café tenía un grabado que decía: “72 años viajando a la felicidad”. Yo no entendía nada. Para evitar que alguno de mis primos se entrometiera, decidí terminar rápidamente y dirigirme a un lugar privado, donde pudiese guardar la caja y leer la libreta tranquilamente.

Esta se encontraba llena de dibujos, en las primeras hojas, y setenta y dos ilustraciones. Cada una tenía fechas con un año diferente. Me di cuenta de que los años hacían referencia a su vida. Él se había encargado de dibujarla hasta que falleció. Solo algunos dibujos tenían color. No pude analizar mucho y, por la curiosidad, seguí viendo. Noté que, tras la hoja de 2020, había dibujado un ángel y una sección de la libreta empezaba con un texto que decía:

Siento que estoy muriendo, cada vez estoy más cerca de partir, mis pulmones y mi corazón no aguantan más. Estoy tranquilo, porque en 72 años pude conocerme a mí mismo y emprendí el viaje hacia la verdadera felicidad. Hoy puedo decir que realmente he sido feliz, porque aprendí que la esencia de la vida está en los pequeños detalles. Dibujé cómo (desde niño) recuerdo prepararme para el mejor viaje del mundo y cómo en cada cosa de mi entorno, así fuese pequeña, encontraba el valor más grande.

Familia, espero que algún día encuentren esta libreta. He dejado, en mis dibujos a color, los pasos para que viajen a la felicidad, porque ahora están abordando el mejor vuelo al que podrían subir, este es la vida en su esencia misma. Aquí dejó mi verdadero legado, espero que les recuerde mi

presencia. Cada vez que necesiten mi consejo y yo ya no esté aquí para darlo, recuerden que los amo y los amaré siempre.

Mario.

¡Que confusión tan grande! ¿De qué viaje hablaba mi abuelo? ¿Cuál es la verdadera felicidad a la que se refería? Estaba tan intrigada que decidí que no le mostraría a nadie la caja hasta descifrar todo.

Al día siguiente, trabajé en descubrir los pasos. Comencé contando la cantidad de dibujos coloreados. Eran cinco en total: cinco pasos para “viajar hacia la felicidad”. El primer dibujo era un árbol de moras, un niño comiéndolas y, al lado, una bolsita roja. Era exactamente el árbol que había en la huerta, así que me dirigí allí y empecé a sacar las moras para comerlas. Me pinché un montón. Claramente, el campo y yo no la vamos muy bien, sin embargo pude consumirlas. Su sabor me recordó mi infancia en todo su furor, las tardes soleadas que pasaba junto a mi abuelo comiendo estas mismas moras, sus mejillas rosadas y ojos verdes expresando lo orgulloso que se sentía con cada una de mis locuras. Definitivamente, viajé en el tiempo y sentí cada detalle. Fue como un sueño. Cuando desperté, recordé el dolor de mis manos, por los pinchazos, y vi la bolsa roja del dibujo colgada de un palo que había al lado del árbol de moras. Dentro de ella había una notita que decía: “A veces para encontrar lo dulce de la vida, hay que pincharnos un poco con las espinas”. En ese momento, entendí que, para lograr mis sueños y disfrutarlos, me encontraría con espinas en el proceso, pero eso me haría fuerte.

Motivada, seguí buscando los dibujos a color y me encontré con el segundo dibujo. Ahí estaba un chico, con una brújula y un letrero que decía: “Busca el norte”. Recordé que había una brújula en la caja. La agarré y empecé a buscar el norte. No se movía. Me desesperé porque no funcionaba y la golpeé. La brújula se rompió y de ella salió otro papel que decía: “No le pidas a la brújula que te ubique si no conoces tu propio norte. De hacerlo, podrá fallar y guiarte mal”. ¡Entendí perfectamente! Hay que seguir nuestra intuición y tener claro hacia dónde nos dirigimos en la vida, antes de que otros nos dirijan por un camino que no queremos recorrer.

No eran ni las doce del día y ya había aprendido una infinidad de cosas y recordado momentos mágicos. Decidí seguir con el tercer y cuarto dibujo. Ambos estaban conectados: había un mismo árbol que brindaba sombra a un hombre sonriente, con un collar de punto amarillo, y, en el otro costado, un hombre con su familia. En todas las ilustraciones, él (ese hombre) era el protagonista, pero esta vez el protagonismo estaba en su esposa y sus ocho hijos que miraban el cielo con tranquilidad. Yo solo tenía el collar como pista. Mi abuela pasó, lo vio en mi mano, me miró dulcemente y dijo: “Es un grano de mostaza, representa la fe. Tu abuelo dejó plantado uno, esperando que algún día fuese un gran árbol”. Fuimos a verlo. De una de sus ramas colgaba un letrero de madera que decía: “3: la fe es el motor que da la esperanza de vivir”. Y, en el otro lado: “4: crecerás solo cuando sepas que avanzar no es una competencia con los demás, sino contigo mismo”. Mi abuela dijo que, todos los días antes de morir, mi abuelo se sentaba debajo del árbol. Así que eso fue lo que hicimos. Conversamos hasta que oscureció.

Nos reímos tanto. Fue la primera vez que disfruté no estar ocupada. Mi abuela me enseñó cosas que jamás olvidaré.

Ya en la noche, busqué el último dibujo. Era un corazón que decía: “La última página”. Fui a la última hoja de la libreta, donde decía: “5: mi querida Paula, sabía que ibas a ser tú quien descubriría mi libreta. Esta es mi descripción de ti: eres asombrosa, ¡me recuerdas tanto a mí! En la caja de madera te dejo una manilla de oro que te regalé cuando eras bebé. Algún día la perdiste y quería recordarte con ella que debes conservar tu niña interior. Vive el hoy y disfruta el presente. De lo vivido solo quedan los recuerdos. Desde la eternidad, tu abuelo”.

Esa noche lloré hasta quedarme dormida. Estaba feliz y agradecida, porque mi abuelo me preparó para el viaje a la felicidad, el viaje que lo cambiaría todo. Gracias, mi lindo anciano, por patrocinar mi viaje.



Segundo puesto

El invierno del que escapo

Paulina Cardona Herrera

Me daba pena dejar mi casa, los paisajes, las mismas personas. Todo lo que conocía era ahora cubierto por un gran vacío de incertidumbre. No todo estaba tan mal, pues al fin había podido resolver mi duda de a dónde iban las aves en invierno. Había llegado a la conclusión de que irían a donde estuviesen más seguras y pudiesen escapar de aquel frío que podía congelarlas hasta su muerte. Así me sentía yo, huyendo para estar más seguro, escapando de ese frío que puede devorarme en cualquier momento. Solo que en esos instantes se manifiesta como un calor abrasador del principio de la temporada seca en Ruanda.

Debe haber sido bastante duro para mi abuela, que ha pasado toda su vida con su familia en este pueblo. Su padre adquirió un cargo en la Alcaldía de Taba, cuando los europeos tomaron el control de Ruanda, y sabía por mi padre que su hermano había intentado escapar ante la inminente Revolución Hutu, en 1960. No se sabe si lo logró, pero, de todas formas, aún mi abuela no recibe noticias de él. La admiro porque sabe muchas cosas sobre nuestra historia y cultura. Ella me habla de toda la gente que conocía y cuánto ama sus raíces, siempre me cuenta sobre estas. Pero la única cosa sobre la que nunca me contaba era sobre los hutus.

Supongo que mi verdadero interés por ellos surgió cuando hace cuatro años jugaba con mis amigos al fútbol y un niño nos preguntó si podía jugar con nosotros. Nunca supe cómo se llamaba y tampoco lo había visto antes, pero accedimos y pasamos un buen rato juntos. Un día vinieron unos hombres, los reconocía: uno era mi vecino, quien vivía justo en la casa del lado izquierdo con sus tres hijas –en esa pequeña casa que, irónicamente, era más grande que la mía–; el otro, el esposo de la maestra Four, un hombre corpulento que trabajaba en la construcción con mi padre. Ambos se veían bastante molestos. Se llevaron al niño a un lado del parque, le dijeron no sé qué cosas y el pequeño simplemente salió corriendo. Nunca volvió al parque y mucho menos a jugar con nosotros.

Varios días después, decidí preguntarle a la maestra Four sobre este suceso. Su rostro cambió evidentemente de expresión. La sonrisa que siempre mostraba a sus alumnos se transformó en una mueca que no estaba muy seguro si era de disgusto o de simple desinterés. Me comentó que su familia pertenecía al Partido de Emancipación Hutu y que era mejor que nos alejáramos de él.

No pude dejar de pensar en este hecho. De todas maneras, ¿cuál era la diferencia entre nosotros dos? Tampoco es que supiera qué significaba un partido de emancipación. Cuando decían “partido”, ¿se referían a fútbol? Si este ese era el caso, ¿por qué todos cambiaban de expresión cuando lo decían? ¿No se suponía que el fútbol emocionaba a todo el mundo?

Me quedé con esta duda mucho tiempo, hasta que un día, cuando preparaba la cena con mi abuela, me atreví a pre-

guntarle –a ella no le gustaba que hablara de esto, siempre me decía que quería que yo fuera un niño libre y sin prejuicios y que, para lograrlo, no necesitaba saber nada de eso—. Entonces, le pregunté por fin aquella duda que había estado en mi mente desde principio de año: “Abuela, ¿qué tenemos de diferente a los hutus?”. Me miró, sin duda, con una cara de horror. Hubiera preferido escuchar cualquier otra cosa de la boca de su único nieto. Pensé que me diría que me fuera a dormir, que ella ya prepararía la cena, pero, en cambio, se dirigió a la sala, se sentó en un sillón y me dijo: “Anuar, no sé por qué lo quieres saber pero solo te lo diré una vez y espero que quede en tu cabeza para siempre”. En ese punto tenía mucha emoción, mi duda iba a ser resuelta. Estaba totalmente dispuesto a escucharla y, por fin, me dijo: “Nada”. Eso me desconcertó. ¿Cómo una sola palabra podía haber disparado una guerra que ya venía desde el siglo pasado? Estaba demasiado confundido. Mi abuela seguramente lo notó y dijo: “Nada, así como lo oyes. Esas supuestas diferencias las crearon los europeos cuando tomaron el país, ¿lo entiendes? Nos clasificaron por nuestras etnias, hicieron una pirámide social con nosotros, les dijeron a todos lo que podían hacer y lo que no, según el color de su piel. ¿Has escuchado algo más ridículo?”

No podía entender nada, pero ya había logrado bastante sacándole esta información, así que mejor seguimos haciendo la cena. Cuando continuamos cocinando, mi abuela retornó a su actitud habitual de jovialidad y siempre mostrando su sonrisa resplandeciente. Después de que hablara con otros habitantes de Taba, descubriría que esta era una actitud presente en la mayoría de ellos. Son personas alegres con

las que puedes entablar una buena conversación y reírte un rato, pero cuando tocas el tema de la política cambian a una actitud más rígida y fría.

La única información que pude sacar fue la de un hombre que decía que había sido un gran amigo de mi abuelo. La mayoría de su conversación trató de todo lo que había vivido con él y de cómo había sido la boda de mis abuelos, pero logré preguntarle qué sabía sobre el tema y me comentó que solo sabía de algunos tutsis exiliados que habían logrado llegar a Uganda y estaban intentando atacar a Ruanda. Me preguntaba si el hermano de la abuela estaría haciendo parte de aquella resistencia. Mi papá me mostró luego su preocupación por esta situación, cuando me pidió que, apenas terminara el colegio, viniera a la casa, que no corriera riesgos, que esto podía generar conflictos.

Los siguientes años transcurrieron en medio de varias peleas entre estos dos grupos, hasta que se comenzaron a hacer unos tratados de paz en Tanzania y, el 4 de agosto de 1993, se firmó uno que decía ser oficial. Nunca supe muy bien lo que prometían estos acuerdos, pues no nos habían informado mucho sobre esto. Lo único que sabía –y lo sabía por el nombre– era que motivaban a que los tutsis y hutus vivieran en paz.

Ya realmente no recuerdo cómo pasó este último año, si dicho pacto sí se respetó, pero –por mi parte y creo que también por la parte de mucha gente inocente que, asimismo, tuvo que dejar Ruanda– todo pasó muy rápido.

Lo único que recordaba del transcurso de este último año fue que, por primera vez, me pregunté a dónde iban las aves en invierno. No me lo había preguntado nunca, pues jamás había conocido la nieve ni el invierno en sí y pocas veces había salido de Taba, pero había leído que en algunas partes del mundo la temperatura podía llegar a menos de cero grados centígrados, lo que era, sin duda, sorprendente. Entonces, si había animales, ¿qué hacían?, ¿se congelaban?, ¿se refugiaban? O, simplemente, ¿desaparecían? Estuve pensando en la posible respuesta, pero me encontré pensando en el hermano de la abuela. Quizá tuvo la misma duda y huyó para comprobarlo.

Las noticias de la muerte del presidente llegaron a Taba unos días después. El 6 de abril habían derribado el avión privado en el que iban nuestro presidente, Habyarimana, y el de Burundi, y lo que más me preocupaba del asunto: ambos de etnia Hutu. Ahora que estoy reflexionando, me he dado cuenta de que palabras tan simples como “nada” y “viaje” pueden generar muchos disturbios y descontentos. Si soy sincero, no podría decir realmente cuál viaje cambiaría más mi vida, si el del presidente o el que estábamos emprendiendo ahora mismo. Pero, sin duda, los dos lo habían cambiado todo. Supongo que es eso a lo que se referían cuando decían que las palabras tenían poder. Pero, ciertamente, la palabra “viaje” tenía poder, me había hecho dejar mi cultura y mi pueblo, al igual que a muchos ruandeses.

Me hubiera gustado poder haber traído conmigo muchas cosas: mi balón, a mis amigos y, sobre todo, a mi padre. Ya que lo recuerdo, la última vez que hable con él fue un

día después de que asesinaran a una ministra tutsi. Él me había pedido que fuera extremadamente cauteloso con esta situación. Al otro día se fue a trabajar y esa noche no volvió. A mi abuela le gustaba animarme, diciéndome que, seguramente, había conseguido escapar y que pronto vendría por nosotros, aunque nunca la noté muy segura.

Es impresionante cómo la vida cambia: un día estás jugando con tus amigos al fútbol, otro día te encuentras descubriendo cómo una palabra le puede quitar la vida a millones de personas y, después, te encuentras huyendo, junto con otros cientos de refugiados, hacia el Congo, dejando en ese mismo momento todo lo que conocías y querías.



Categoría 2

La ciencia es todo un cuento

Primer puesto

Mi abuelo y su ciencia

Federico Aristizábal Ramírez

Mi abuelo murió ayer –dije, mientras me acomodaba en la tarima del pequeño auditorio en el que estábamos mi familia y yo–. Él murió por la ciencia; me refiero a un accidente, obviamente. El viejo siempre me repetía que *la ciencia es todo un cuento*. Es una frase extraña, claramente. No tiene un solo significado, depende de la situación: puede ser que en el caso de un científico su vida sea toda una locura o que aprender ciencia y ejecutarla sea una aventura, pero el significado que más me recordaba era que realmente no se sabía cuál era su origen, pues mi abuelo no creía en las historias que le contaron en la escuela, sino que prefería explicar su origen con un relato diferente y único.

Todo comienza en el pasado, en España, según recuerdo. La historia se centra en el pequeño Isidoro. Él era, desde niño, alguien que se destacaba –claro que destacarse antes no era lo mismo que ahora–. Isidoro gozaba de la mayor inteligencia en su pueblito y por esto deseaba explorar, y al explorar, descu-

bría. Lo primero que aprendió fue a hacer fuego solo con rocas: ponía hojas y musgo en un jarrón con pequeños huecos y frotaba las piedras hasta que el fuego brotaba y lograba calentar su casa. Un día, al perderse en el bosque con unos amigos, tuvo que hacer una fogata, pues el invierno podía quitarles la vida. Logró encender la llama, pero no tomó en cuenta que la cueva en donde estaban tenía pequeñas ramas por doquier y se desató un fuerte incendio. Después de la horrible acampada, los amigos de Isidoro contaron a sus padres lo que había pasado y, como en el pequeño pueblo se sabía que el niño era extraño, lo único que hicieron fue culparlo por ser supuestamente un brujo e intentaron matarlo, según ellos, para proteger a todo el pueblo. Pero como el padre de Isidoro, Juan Paolo, entendía que su hijo sabía más que cualquier otra persona que conociera, decidió aislarlo para protegerlo.

Isidoro vivió como en la peor cuarentena, encerrado con la ventana de su cuarto sellada, comiendo solo dos veces al día y, cada vez que salía, lo único que podía hacer era cubrirse hasta llegar a una pradera u otro lugar en donde nadie pudiera verlo o, al menos, reconocerlo.

Garcilaso, el abuelo de Isidoro y que vivía como ermitaño, se preocupaba cada vez más por su nieto, así que fue a visitarlo a la casa de Juan Paolo, su hijo, y allí se llevó más de una sorpresa. Al llegar su padre, Juan Paolo corrió como un pequeño niño hacia sus brazos. Mientras se regocijaba con su llegada, lloraba y tartamudeaba: “ella se fue”. Repitió esta frase hasta que paró de llorar y le explicó a su padre lo que había pasado. Entonces, le pidió que fuera a ver a Isidoro.

Al entrar en el que, recordaba, era el cuarto del pequeño Isidoro, vio, sin mucha luz, una silueta que no imaginó ver nunca: era un hombre fornido y alto que no se parecía al niño que con tanto afecto recordaba. Su rostro tenía grandes cambios, pero lo que más le impactó fue su voz, la cual escuchó cuando el joven, sin levantar la mirada, le preguntó: “¿sabes algo de mi madre?”. Garcilaso, con un temblor en su voz, le dijo que había partido y que no volvería jamás. Esto le bastó a Isidoro para entender y proyectar en su mente lo que había pasado. Gritó con furia: “No quiero seguir siendo un fenómeno”. Garcilaso, inmediatamente, comprendió lo que tenía que hacer. Le explicó a su hijo que Isidoro necesitaba alejarse de su pueblo, no solo de las personas, sino también de las tierras.

Después de una larga semana de viaje, Isidoro y Garcilaso llegaron a la casa de este último y lo primero que hizo el joven hombre fue quitarse las inusuales sandalias que tenía y recostarse en el pasto por órdenes de su abuelo. De pronto, se sumió en un profundo sueño y, al despertar, le dijo a este: “tengo hambre de sabiduría y solo de eso”. Garcilaso, de repente, le lanzó una manzana al pecho y le explicó qué tenía que hacer. Él recordaría siempre esas instrucciones: salir con una comida, caminar hasta un lugar en donde se sintiera cansado y pensar. Un día, repitiendo este proceso, encontró una roca que brillaba con luz propia. Él necesitaba completar su rutina, pero la piedra lo emocionaba, así que la guardó en su mochila.

Al sostener la piedra, se sentía más capaz e inteligente. Empezó a descubrir por qué se podía prender fuego con dos rocas, por qué el aceite flotaba en el agua y muchas otras explicaciones para los fenómenos que antes creía que pasaban por magia.

Por su nueva comprensión sobre esto, le preguntó a su abuelo cómo podría enseñarles la nueva magia, como la llamaba, a las otras personas. Y él, en una ingeniosa muestra de sabiduría, respondió: “Aquello en lo que nos esforzamos demasiado se vuelve difícil y esto produce tensión, además de evitar que podamos progresar en este tema. Un pez nada por necesidad y a la vez por diversión, pero los humanos no pueden entender la magia y prefieren destruirla”.

A partir de esto, Isidoro reflexionó que para que las personas entendieran la magia debían cambiarla, hacerla más sencilla. Así que siguió meditando hasta la penumbra de su vida y fue recolectando explicaciones de la nueva magia en un gran manuscrito, al cual llamó *Conocimiento o ciencia de lo extraño*. Al tener la impresión de que estaba finalizado, salió a impartir su sabiduría y, al morir, le dejó el manuscrito a uno de sus confiables discípulos, el cual continuó buscando el mismo objetivo de su maestro Isidoro: aprender sobre los fenómenos de la cotidianidad.

—Y eso, mis querido familiares, es lo que mi difunto abuelo consideraba el inicio de toda la ciencia— dije, sintiendo lágrimas brotar de mis ojos, mientras recordaba un viejo libro que el abuelo guardaba misteriosamente.



Segundo puesto

Una única amistad

Gregorio Martínez Restrepo

Hola, me llamo Ryan Williams. Comenzaré por contarles un poco sobre mí: nací en Vancouver, Canadá. Soy biólogo marino graduado de la Universidad de Ottawa y allí mismo trabajo como investigador. Hoy vengo a contarles una historia que cambió mi vida: la de una amistad inusual, pero también la que me hizo entender el propósito por el que lucho. Esta es entonces la historia de una única amistad.

Un día recibí una llamada de mi jefe, quien me avisaba que debía irme para Alaska. Particularmente, para Glacier Bay, que es el mejor lugar del mundo para avistar cetáceos. Estos son mamíferos marinos, entre los cuales se encuentran: ballenas, orcas y delfines. Yo en concreto, iba allí a investigar el comportamiento de las orcas para cazar, según me lo anunció mi jefe.

Tomé entonces un vuelo desde Ottawa a Anchorage y, desde allí, un tren a Seward y, luego, un hidroavión a Jenau. Cuando desembarqué en el puerto ya me estaban esperando para ir a Glacier Bay. El último trayecto duró cincuenta y cuatro minutos. Cuando llegamos, incluso antes de instalarnos en un hotel local, nos embarcamos en un bote. Después de varias horas de búsqueda en el océano, ya justo a

punto de irnos, apareció una manada de orcas a lo lejos. Nos acercamos lentamente y ahí avisté, por primera vez, a la que se convertiría en mi amiga: a Sasha.

Ella era una orca con una aleta dorsal de, por lo menos, dos metros de alto. Registramos a su manada y notamos que estaba inquieta. Decidimos entablar un acercamiento y las alimentamos con un poco de salmón fresco que llevábamos en el bote. Luego de un rato de observación y de tomar notas de su comportamiento, regresamos a nuestro hospedaje.

Al día siguiente, salí a dar un paseo por el muelle. Me llevé una sorpresa al ver que Sasha estaba ahí. Supe inmediatamente que era ella, apenas vi su aleta. Tenía una mirada tierna y cautivadora. Aunque supuse que no tenía hambre (estaba en el mar), fui por un balde de peces para darle y, así, establecer una comunicación entre nosotros. Le ofrecí el primer pescado y, sorprendentemente, lo recibió. Acto seguido, se dejó tocar por mí. Yo no daba crédito a mis ojos: ¡estaba interactuando con una orca salvaje! Tanta era mi emoción, que corrí a contárselo al equipo, quienes, sorprendidos, ni siquiera se vistieron con sus trajes de frío para ir a ver a Sasha. Por desgracia, al llegar al muelle, Sasha se había ido.

Todas las mañanas, antes de salir en el bote a investigar el comportamiento de la manada de orcas para cazar, seguí bajando al muelle. Sasha siempre estaba allí esperándome. Teníamos nuestra comunicación y luego yo partía a trabajar y ella se unía a su manada.

Un día, en el centro de investigación, nos enteramos de que el gobierno de Estados Unidos había autorizado al acuario Sea Wonder Park, de Orlando, a capturar y llevar consigo a cualquier orca o foca que no estuviera registrada en una investigación de vida salvaje. Por supuesto, yo no iba a dejar que Sasha y su manada fueran capturadas para llevarlas a un acuario. Así que, junto con mi equipo de investigadores, nos ocupamos de registrar a cada una de las ballenas con chips de seguimiento y rastreo. Estos les fueron instalados en las aletas a cada ejemplar de aquella manada. Fue un trabajo de muchos días, pero así logramos monitorear el desplazamiento de cada una por un radio que abarcaba todo Alaska. Yo las rastreaba a ellas y solo a ellas en los monitores. El objetivo de ver sus procesos de caza para la investigación se fue desvaneciendo. Ahora, solo importaba protegerlas.

En cierta ocasión, uno de los miembros de mi equipo de investigación, que estaba en turno, me llamó gritando. Decía haber perdido el radio de rastreo de las ballenas de la manada de Sasha. Inmediatamente, comenzamos a buscarlas. Fuimos informados de que Sea Wonder Park preparaba el ingreso de nuevos ejemplares de ballenas. Si era cierto que este anuncio tenía que ver con la desaparición de Sasha, eso significaba solo una cosa: ¡Sea Wonder Park había desobedecido las normas!, pues Sasha y su manada eran ejemplares en investigación y estaban marcadas con chips.

Me reuní con otros científicos de la zona de Alaska, que también estudiaban orcas y focas. Ellos me informaron que

muchos de los animales que ellos rastreaban, también habían desaparecido. Entonces, ideamos un plan, que consistía en escribir un artículo sobre las orcas y las focas, y lo que les estaba haciendo Sea Wonder Park. Sin embargo, había que demostrar que los animales que estaban ingresando a aquel parque eran los mismos que estábamos rastreando.

Decidí desplazarme a Orlando. De esta manera, podría nuevamente conseguir el radio de rastreo, si es que los chips no les habían sido retirados a las ballenas y focas, en particular, a la manada de Sasha. Nos pusimos manos a la obra. Efectivamente, Sasha y su manada estaban cautivas en Orlando y pasando hambre, pues así es como logran domesticarlas para darles peces como recompensa.

A través de las sociedades canadiense y americana de protección de fauna silvestre, logramos demostrar que los animales que allí se encontraban habían sido ilegalmente capturados. El artículo que escribimos para National Geographic se convirtió en viral y tuvo más de tres millones de visitas en Instagram. No solo hubo protestas, sino que el parque fue cerrado y tuvo que pagar sanciones millonarias.

Cuando logré ver de nuevo a Sasha, no quiso recibir pescado de mis manos, pues así venía siendo maltratada. Entonces decidí darle un beso y ella emitió su canto y me respondió amorosamente. Con mi grupo de investigación, hicimos todas las diligencias para devolver a Sasha, a toda su manada y a los demás animales a su hábitat. Encontré, a través de mi amistad con Sasha, mi misión en la vida: proteger la fauna salvaje.

Categoría 3

8 a 10 años

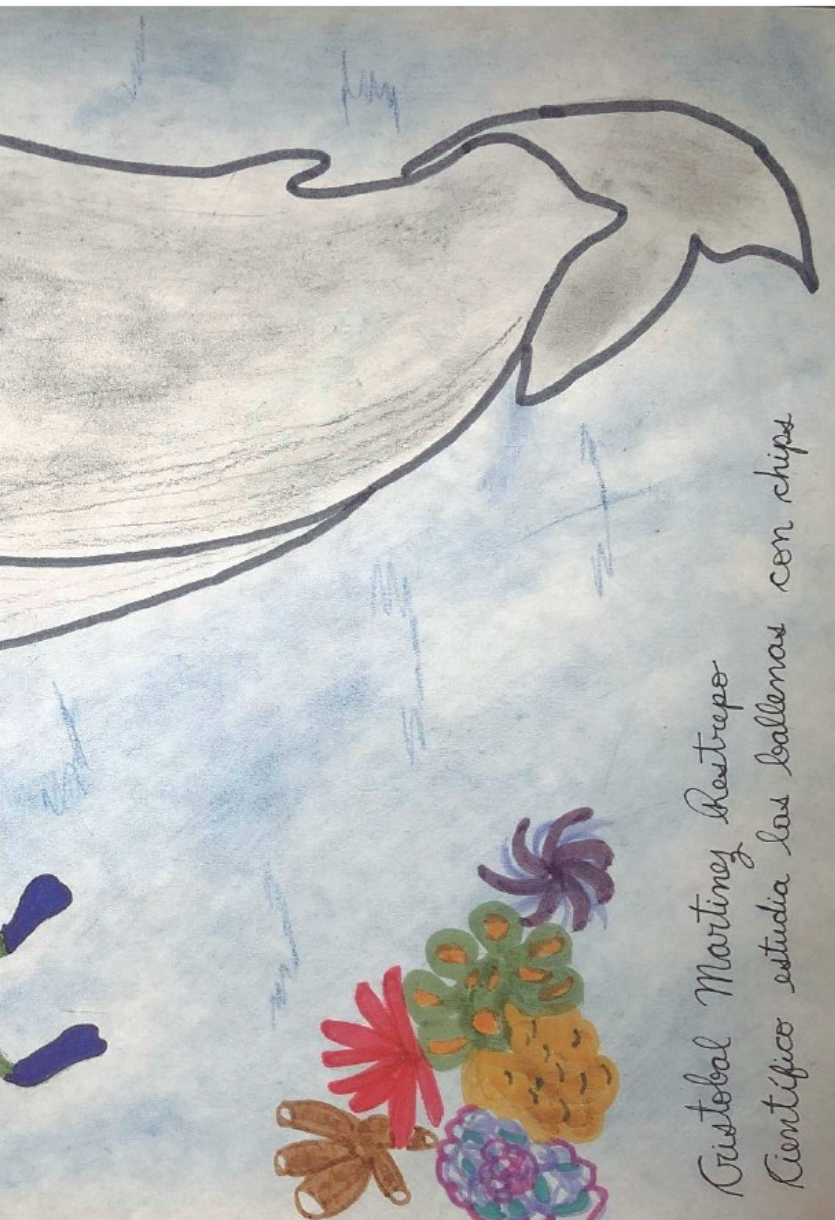
Primer puesto

Científico estudia las ballenas con chips

Cristóbal Martínez Restrepo







Cristóbal Martínez Restrepo
Científico estudia las ballenas con chips

Cristóbal Martínez Restrepo

Categoría 3

8 a 10 años

Segundo puesto

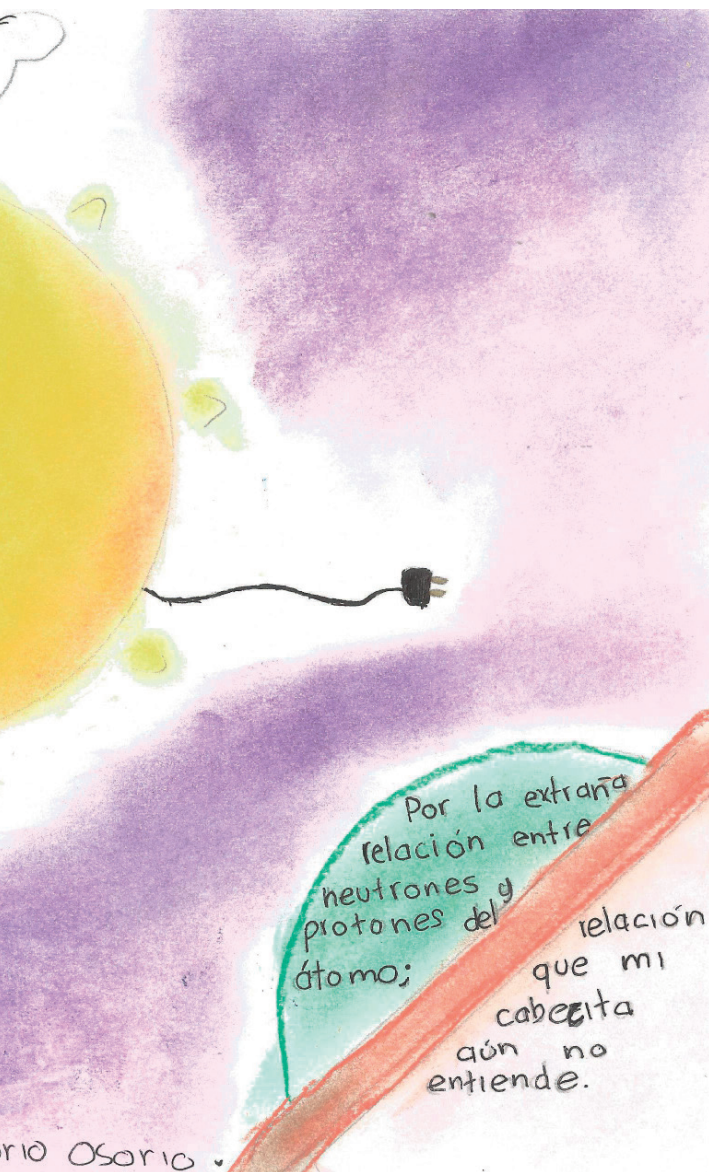
¿Por qué alumbras?

Juanita Osorio Osorio





Juanita Osa



Osorio Osorio

Por la extraña
relación entre
neutrones y
protones del
átomo;

relación
que mi
cabezita
aún no
entiende.

Juanita Osorio Osorio

**UNIVERSIDAD
EAFIT**[®]



**Universidad de los niños EAFIT
Centro Cultural Biblioteca Luis Echavarría Villegas
Pregrado en Literatura, Departamento de Humanidades**

Más información

www.eafit.edu.co | Teléfono 261 95 00 | uninos@eafit.edu.co



[@eafit](https://twitter.com/eafit)



[@eafit](https://www.instagram.com/eafit)



[ueafit](https://www.youtube.com/ueafit)



[@universidadeafit](https://www.facebook.com/universidadeafit)